Capítulo XXV

ENTREVISTA PARA LA REVISTA *ÁCRATA* *

— Durante mucho tiempo los liberales hemos tenido que lidiar con las confusiones respecto al término liberal, neoliberalismo, y en particular aquí en España con el adjetivo «libertario». He notado que el común de las personas en España asocia «libertario» con «anarquista» o «anarco comunista», y éste es un término que usted usa mucho. ¿Cuál es su apreciación respecto a qué se debería esta confusión y cuál es para usted la acepción más clara que se debe usar?

— El problema procede de la modificación semántica del significado del término liberal en el mundo anglosajón. En Inglaterra y en Estados Unidos durante el siglo XX el término liberal ha pasado a significar casi el extremo opuesto de lo que tradicionalmente significaba en la Europa continental. De manera que en Estados Unidos los «liberales» vienen a ser los socialdemócratas: es decir, la izquierda. Como Galbraith, por ejemplo. Se ha producido un proceso de los que explica Hayek en *La Fatal Arrogancia* de vaciado de significado de los términos, que la izquierda de manera sistemática ha llevado a cabo, no sólo en relación con el término liberal, sino también con los términos, por ejemplo, democracia y justicia: democracia «popular», o justicia «social». Siempre que se pone un apellido a algo, se le vacía de contenido. Aquí ni siquiera ha hecho falta poner el apellido. En la Europa continental, en general, pero sobre todo en España, liberal sigue significando lo que significaba desde que los diputados de las Cortes de Cádiz de 1812 por primera vez se calificaron a sí mismos de liberales; es decir, defensores de la libertad del ser humano en todos los ámbitos, incluyendo el económico, el civil y el político. En España todavía no se ha culminado ese proceso de prostitución del término liberal. Sin embargo, hoy en día el término liberal

* Entrevista realizada por Héctor Ñaupari el viernes 18 de diciembre del año 2000 para la revista peruana de distribución electrónica *Ácrata.*

es muy atractivo, y todos los políticos quieren apropiarse de él. Hace poco incluso el secretario general del Partido Socialista, Rodríguez Zapatero, se calificó a sí mismo de socialista liberal, incluso, de socialista libertario.

El término libertario, en el ámbito mundial ha empezado a introducirse a través de Estados Unidos, porque como liberal allá significa socialdemócrata, socialista poco menos, había que introducir un término alternativo. Así, en Estados Unidos, se propusieron los términos *libertarian* o *conservative libertarian*. Libertariano o conservador libertariano; o, mejor traducido al español, libertario o conservador libertario. El término libertario también tiene una gran tradición en España, porque España ha sido un país tradicionalmente muy individualista y anarquista....

— *Podría hablarnos de eso....*

— Pues, desde la época de los años de tensión previos a la Guerra Civil, y en la misma Guerra Civil, en España hay un movimiento anarquista muy importante. Es cierto que es un anarquismo comunista, anarco–comunismo, anarco–colectivismo, o libertarismo comunista o comunal. Así, en Casas Viejas un grupo de estos anarquistas se encerraron y tuvo que ir el Ejército a sacarlos con violencia; también se creó todo un sindicato relacionado con los libertarios: la CNT, Confederación Nacional de Trabajadores. Luego, en la Guerra civil, actuaron a través de la tristemente famosa FAI, Federación Anarquista Ibérica, sobre todo en Cataluña...y bien, no hay que olvidar que eran anarco–comunistas. Pero dentro de su confusión ideológica, a mi siempre me han inspirado ciertamente más simpatías que los comunistas estalinistas que fueron los que terminaron preponderando en la España republicana. De hecho, se produjo toda una «depuración física», un asesinato general y sistemático que emprendieron y llevaron a cabo los comunistas contra los anarquistas. Hay que aclarar, por tanto, la confusión terminológica, y si poco a poco, en España, como consecuencia de la influencia anglosajona, empieza a introducirse el término «libertarismo» o «libertario», es preciso aclarar que con estos términos queremos referirnos a un anarquismo de propiedad privada o mejor dicho, a un sistema anarco-capitalista. Por cierto que hoy en día todavía hay muchos intelectuales y personas, anarquistas tradicionales, pero que se dan cuenta que el comunismo no funciona, y que proceden de lo mejor de esa tradición libertaria comunista. Si leen, por ejemplo, los principios esenciales de

las obras de Rothbard, entre otras, es fácil que prepondere sobre ellos su deseo de deconstruir o desmontar el Estado sobre su utopía comunitaria y que, por tanto puedan, de alguna forma, convertirse en anarco-capitalistas. Y termino el comentario diciendo que el liberalismo tradicional, basado en la libertad política y la democracia está en una tesitura muy difícil, porque ha fracasado a la hora de limitar el gobierno. Por eso los liberales tradicionales tienen que replantearse si dar el paso o no de convertirse, al menos en términos teóricos, en anarquistas, que es yo creo la única salida, y la que defienden teóricos liberales como Hans-Herman Hoppe o Rothbard. Una cosa es que los principios estén bien claros, que uno se convenza de que la sociedad civil y el mercado necesitan un esquema jurídico y servicios de seguridad para imponerlo, pero esto no significa que deba proporcionarlos con carácter monopolista un gobierno, porque si lo hace, lo hace siempre de manera muy ineficiente, y a un coste muy alto. Si podemos concebir con éxito un sistema con agencias competitivas, los liberales terminaríamos abrazando el modelo anarco-capitalista que sería, digamos, el norte o punto final al que deberíamos orientarnos; y en esa tesitura se encuentran los liberales hoy en día: tienen que decidir si van a seguir defendiendo el modelo de gobierno limitado o, por el contrario, se convencen de que esto es imposible, que han fracasado en su intento, que es imposible limitar el gobierno y que, por tanto, hay que ir más allá, hacia el anarco–capitalismo.

— *Y deberíamos también tomar en cuenta este término que ha sido acuñado por las izquierdas, de neoliberalismo....*

— Ese es un término acuñado con un objetivo claramente peyorativo: a todo a lo que se le pone el «neo», es para descalificarlo de entrada. El verdadero liberalismo es liberalismo sin más. Ni es neo, ni necesita ningún calificativo. Siempre ha defendido los mismos principios. Máxima libertad del ser humano en todos los ámbitos: sociales, civiles, políticos y económicos. El término neoliberalismo se utiliza en un sentido peyorativo y además a menudo se utiliza para definir determinados sistemas políticos, regímenes y gobernantes, que si por algo se caracterizan es, precisamente, por encontrarse en los antípodas del verdadero liberalismo. En Hispanoamérica, a determinadas personas que terminan justificando el intervencionismo a niveles muy importantes, se les califica de «neoliberales», con lo cual, por un lado, si fracasa su sistema, cosa que siempre suele suceder, el fracaso se le achaca al liberalismo tradi-

cional y, en segundo lugar, se logra distraer, lanzar una cortina de humo que provoque rechazo a la ciudadanía y bloquee el proceso de descubrimiento de la verdad en el que ésta se encuentra implicada, sobre todo tras la caída del muro de Berlín, que ha supuesto un golpe tremendo para la izquierda. Ésta se ha visto obligada a encontrar una alternativa, y la alternativa para poder seguir subsistiendo ha sido, por un lado, inventarse una «tercera vía», que de hecho no es sino el reconocimiento disimulado de su evidente fracaso. En vez de decir: hemos fracasado, la solución está en el liberalismo, los progresistas apuestan ahora por una tercera vía, que si se analiza con cuidado es un liberalismo descafeinado; y, por otro lado, se empeñan en calificar a los liberales de «neoliberales», tachándoles con todos los pecados imaginables. Desde la dictadura pinochetista, pasando por los errores de los ministros en Argentina, etcétera. Y con esta estrategia orquestan toda una campaña de confusión que les viene en realidad muy bien para recuperar el poder y la influencia social.

— Diríase que el nuevo enemigo que los liberales tenemos, en términos programáticos, es la tercera vía que plantean los socialdemócratas...

— Si, porque es una manera de reintroducir de manera más o menos subrepticia importantísimas dosis de intervención. Es cierto que en esa tercera vía hay muchas versiones. La más liberal y *light* es la de, por ejemplo, Tony Blair, porque su objetivo de llegar al poder le obligó a mantener todas las reformas de Margaret Thatcher. Pero hay otras vías mucho más intervencionistas, por ejemplo, hasta llegar al socialismo más tradicional de Lionel Jospin, en Francia. Evidentemente, los intervencionistas se están reagrupando en torno a nuevas banderas. Una de ellas es el ataque a la globalización. En la última «cumbre» europea, que tuvo lugar en Niza, vimos a mas de cuatro mil manifestantes violentos atacando a la globalización. Allí deberían haber ido muchos más de cuatro mil manifestantes, pero no anti–globalización, sino anti–socialismo europeo y miles de liberales de los nuestros protestando, por ejemplo, contra la política agraria comunitaria, que está perjudicando a los países del tercer mundo y convirtiendo a Europa en una fortaleza; contra el deseo de establecer una carta de derechos humanos que no son sino pseudoderechos positivos, de segunda y tercera generación, y en la que se dejan fuera los derechos verdaderos, y contra todo el entramado de burocracia que pretende imponer en cada país de la Unión Europea el máximo nivel de intervencionismo que exista en cualquier otro país.

Eso sí que hubiera justificado una manifestación en Niza, pero no, la manifestación que hemos presenciado tenía como objetivo achacar al capitalismo, a las multinacionales y a la globalización todos los males del mundo. Finalmente, hay otra vía «progresista» de aglutinamiento: la ecología y el medio ambiente. De hecho son los partidos verdes los que están recogiendo los restos del naufragio de los tradicionales partidos de izquierdas. Por eso, para luchar contra el mito del ecologismo de izquierdas, nosotros hemos publicado un libro de Anderson y Leal, que se titula *Ecología de Mercado*, y que explica cómo la mejor manera de defender el medio ambiente es precisamente a través del mercado y de las instituciones tradicionales de la propiedad privada.

— Sin embargo, aun cuando hubiese sido realmente importante tener a esos cuatro mil liberales protestando contra el socialismo europeo, a raíz de ello surge la pregunta de si los liberales estamos condenados a ser un movimiento puramente intelectual, sin capacidad de acción política. ¿Es eso cierto?

— Mi opinión al respecto es que hay que especializarse mediante la división del trabajo. Lo primero es tener siempre claros los principios del liberalismo y trabajar viendo cuáles son sus implicaciones puras y dogmáticas. Esto exige contar con profesores en las Universidades, impartir conferencias para dar a conocer y debatir problemas concretos a la luz de los principios, y publicar libros. Luego, una vez que los principios están claros, hay que divulgarlos en los diferentes estratos de la sociedad. Para ello debemos convencer a quienes Hayek llamaba *second hand dealers of ideas*, es decir, «tratantes de segunda mano de ideas»: guionistas de cine, periodistas, comentaristas políticos, novelistas, autores de obras de teatro, todos los que de alguna manera, en mayor o menor medida, influyen en la sociedad y van creando un estado de opinión, que es el que cosechan los políticos. Quisiera agregar aquí que Hayek decía que es incompatible ser un teórico liberal puro con ser político, porque el político tiene que decir en cada momento a la gente lo que quiere escuchar para que le voten, y en cambio el teórico liberal puro tiene que explicar los principios liberales dogmáticos e ir siempre a contracorriente. En ese contexto, los políticos tienen un margen de maniobra limitado, porque tienen que mantener el poder en elecciones democráticas, y si defienden abiertamente los principios liberales dejan muchos flancos abiertos a la demagogia de sus oponentes de la oposición. Aquí existe un dificilísimo equilibrio que sólo las personas que se han dedicado desde siempre a la política pueden comprender y manejar.

Ahora bien, ¿significa esto que los políticos no tengan ningún margen de maniobra? No. Lo tienen. Y de hecho es importante que, a la hora de tomar las decisiones, no es lo mismo que quien las tome sea un político liberal, frente a quien no lo sea. Así, si el político cree en el mercado, tomará decisiones menos dañinas para la sociedad. También existe la posibilidad de que haya políticos que tengan la capacidad de articular el ideario liberal de manera atractiva para amplias capas de la población, que ganen las elecciones y que lleven adelante el programa democráticamente. Pero estos políticos son una *rara avis*: pasan como estrellas fugaces. Las sociedades que los consiguen tener son afortunadas y muy agraciadas. Por ejemplo, hablaría de Margaret Thatcher, y sólo en algunos momentos de sus mandatos, o de Ronald Reagan, entre los que han tenido éxito. Entre los que han fracasado, por ejemplo, Antonio Martino, en Italia, que fue Ministro de Relaciones Exteriores, muy liberal, con Berlusconi, pero que duraron pocos meses, el caso de Vargas Llosa, o el caso de Turgot, que fue Controlador General de Francia en el siglo XVIII.

En un artículo que he publicado en el *Homenaje a Fraga Iribarne* que ha editado la Fundación Cánovas del Castillo, realizo una clasificación de políticos en cuatro grupos.[1] El político tipo uno, es aquél que es totalmente pragmático. Lo único que quiere es conseguir el poder. Son la mayoría de los políticos. Hablamos de Felipe González, de Hugo Chávez, entre muchos otros. El político tipo dos, es aquel que empezó siendo tipo uno, pero por lo menos empieza a ser consciente del daño que hace. Esto se puede aprender por estar muchos años en el poder o porque se tiene alguna inquietud respecto a sus acciones. Sin embargo, sigue siendo pragmático, y por tanto, hará lo que sea con tal de mantenerse en el poder. El político tipo tres es un político liberal que, sin jugarse su carrera política ni poner en peligro su futuro, hará lo posible para llevar los acontecimientos hacia la solución liberal. En España ha habido políticos tipo tres, como por ejemplo, Esperanza Aguirre, que fue Ministra de Educación, y algunos otros. Y luego está ese político dificilísimo de encontrar, el político tipo cuatro, esa *rara avis*, que es capaz de articular de manera atractiva el ideario liberal, explicarlo a las masas y ganar las elecciones, y llevar el programa a la práctica. Muy pocas veces en la historia se ha dado ese político tipo cuatro.

Por tanto, mi recomendación es: luchemos en el ámbito teórico y en el ámbito de la divulgación; procuremos que los principios liberales

[1] Véase, en este volumen, p. 163.

vayan introduciéndose en todos los partidos, porque es posible —y así ha ocurrido— que una reforma liberal la haga un partido tradicionalmente socialista; y, procuremos que haya el máximo de políticos tipo tres, porque a lo mejor hay suerte, y sale alguno tipo cuatro. Y si no sale, dentro del escaso margen de maniobra que los políticos suelen tener, pues a lo mejor se consigue hacer algo a favor de nuestras ideas.

— Y en ese esquema de pensamiento, del campo teórico y de los principios, también hay muchos matices. En este caso tendencias. Y se observan dos tendencias importantes: está la tendencia utilitarista, y la tendencia iusnaturalista. ¿Cree usted, como he podido leer en algunos de sus escritos, que la tendencia iusnaturalista liberal supera al utilitarismo miseano?

— Este tema es actualmente uno de los más importantes en el debate liberal. En el año 1988, después de unos Seminarios en los que participé en Burdeos, en el Chateau de la Breda, donde Montesquieu escribió el *Espíritu de las Leyes*, se me ocurrió una idea que, desde ese momento, he postulado: la «teoría de los tres niveles». He desarrollado esta teoría en el capítulo siete de mis *Estudios de Economía Política*, que se titula «Historia, Ciencia Económica y Ética Social». En pocas palabras, lo que caracteriza a mi concepción del liberalismo es la síntesis de tres niveles de aproximación: el primer nivel o nivel evolutivo, que estudian Hayek y Bruno Leoni, y que ha dado un gran respaldo al liberalismo. Evolutivamente han surgido una serie de instituciones entendidas como sistemas pautados de comportamiento, entre las cuales consideramos a las normas morales, la tradición, las leyes y los principios generales del derecho. Son el resultado de la experiencia de muchísimas generaciones a lo largo de mucho tiempo, incorporando nuevos niveles de información muy superior a los que puede llegar una sola mente aislada, o un grupo de mentes. En ese sentido, estas instituciones son una especie de «piloto automático» de la libertad.

El segundo nivel es el de la teoría económica, trabajada por los teóricos de la escuela austriaca de economía, encabezados por von Mises y Hayek, que desarrollaron la teoría económica, utilitarista en el sentido laxo, no en el sentido estrecho de los neoclásicos, de eso hablaremos luego porque también es muy importante. La teoría económica postulada por los austriacos explica *ex post* esos procesos e instituciones. Sin embargo, ese análisis sólo puede explicar una parte de la riqueza social que se ha ido acumulando, pero nunca es completo. Además, tiene que hacerse con mucho cuidado porque siempre es posible cometer errores

teóricos, y ante esa posibilidad es mejor dar prioridad al resultado evolutivo. De lo contrario, imagínese un análisis teórico que llevara a la conclusión de que la propiedad privada o la familia no fueran necesarias. Se encendería una suerte de «luz roja», tal y como explico en mi artículo, pues la propiedad privada y la familia son las instituciones que evolutivamente han tenido más éxito. Entonces, vuelva usted a revisar ese análisis teórico que descarta a la propiedad privada y la familia, porque algún error debe tener, y con seguridad lo encontrará. Ello no obstante, la teoría es importante porque puede hacer la labor de exégesis, depuración y perfeccionamiento de los principios. No podrá eliminar la propiedad privada o la familia, pero si perfeccionar esas instituciones, permitir la aplicación del derecho contractual a nuevas áreas que hasta ahora no eran posibles, por ejemplo la propiedad privada de pasillos aéreos, del mar o del espacio, etcétera. A su vez, no todo lo recibido evolutivamente es aceptable, porque evolutivamente surgieron el socialismo, las dictaduras, e instituciones erróneas como la sociedad de castas en la India; entonces, el análisis teórico pone de manifiesto qué procesos evolutivos son naturales y cuáles han sido resultado de intervenciones violentas en el pasado.

Pero hay un tercer nivel importantísimo, que es el nivel ético, el nivel del derecho natural. Y es que, también se puede y se debe —y esto es algo que no hace Hayek, y Mises no tiene en cuenta, pero que por el contrario sí ha desarrollado Murray Rothbard— utilizar nuestra razón para tratar de descubrir un esquema ético basado en principios y deducciones y de este modo distinguir cuál es la naturaleza del ser humano. Aquí surge el iusnaturalismo. Siempre he sido iusnaturalista, pero ¿por qué un iusnaturalista va a renunciar a la idea de que la naturaleza del ser humano se plasme evolutivamente? Nuestra naturaleza está ahí, hay que descubrirla, aunque nos cueste mucho trabajo y nuestra mente sea limitada para realizar esa comprensión.

Entonces, mi teoría de los tres niveles implica que los tres se refuerzan mutuamente y cada nivel sirve para depurar los vicios de los otros. Así, si no todo lo evolutivo es aceptable, tanto el nivel ético como la teoría nos orientan para descubrir sus errores y contradicciones. De otro lado, si en la teoría se cometen errores por teorizar al margen de la realidad, siempre se tienen como pilotos de salvaguarda a la ética y a la evolución. Finalmente, si por la ética construimos un mundo utópico que luego sea un fracaso en la tierra, como era la «ética» comunista, se tiene a la teoría y a la evolución para evitarlo.

De esta manera concluimos que el universo está dotado de una unidad integrada, y que las conclusiones de la ciencia económica y las de

la ética no pueden contradecirse. Es más, estoy desarrollando un nuevo criterio de eficiencia económica que tiene su fundamento o su raíz en la ética. Según este criterio, no hay nada más eficiente que la justicia, y así, sólo puede ser justo lo que es eficiente. Pero sostener esto exige redefinir el concepto de eficiencia. La eficiencia de la que hablo no es aquella paretiana, neoclásica, matemática, sino una eficiencia dinámica, de creatividad empresarial, que sólo puede ser creada por un ser humano en un entorno de libertad, y que, por tanto, exige un principio ético de justicia: que cada uno tenga derecho a apropiarse de los resultados de su creatividad empresarial. Es decir, la ética de la propiedad privada con todas sus implicaciones. Si logramos culminar este estudio, habremos realizado un análisis unificado de la ciencia social, basado en tres niveles, que serían: la evolución, analizada por Friedrich A. Hayek, la teoría económica de Ludwig von Mises, y el iusnaturalismo de Murray N. Rothbard.

— *Hay un segundo aspecto que quisiera tratar con usted. Es el tema de los límites del constructivismo. Cuál es el límite en el que la razón deja de operar como fenómeno de interpretación y entramos al terreno puramente evolutivo. Hayek condena al constructivismo per se, como ingeniería social; sin embargo, eso no implica por cierto que toda la razón sea dejada de lado por completo. ¿Cuál es, en este caso, el límite?*

— En *Derecho, Legislación y Libertad* Hayek explica el carácter evolutivo del derecho y las normas morales. Dice que la razón tiene un papel muy importante, de análisis, exégesis, estudio de contradicciones y depuración de los principios y de las instituciones que surgieron evolutivamente. No se trata de que la razón pueda crear principios o instituciones nuevas, sino que los perfila mejor, los depura y perfecciona. Ése es el papel de la razón. El límite de la razón es más bien de actitud: que no se endiose ni se piense que la razón sola, tanto en el nivel de la ciencia económica como en el nivel de la ética, puede independizarse al margen de los procesos evolutivos del ser humano. Ahora bien, la ciencia puede seguir creciendo indefinidamente, siempre y cuando, en mi opinión, nunca pierda de vista esa actitud humilde, es decir, teniendo siempre en cuenta la referencia que supone el estudio de los procesos evolutivos y el estudio de la ética. Eso no sería poner límites a la razón, sino que conseguiría potenciarla al máximo de lo humanamente posible. De lo contrario, una razón endiosada, por la cual el hombre crea que no tiene que dar cuentas a nadie, que él es el único dueño de su propio destino,

y que puede construir las instituciones sociales y los principios morales a su antojo, es un peligro público pues va contra la propia naturaleza del ser humano. Insistimos: el ser humano es limitado, somos miles de millones actuando unos con otros. Esto ha dado lugar a un orden espontáneo que nadie había previsto, y que la razón no puede abarcar ni comprender. Por lo tanto, debemos evitar el cientificismo, es decir, la aplicación del método de las ciencias naturales y de los experimentos de laboratorio al mundo social, porque ello es contrario a la naturaleza del ser humano, que está dotado de una innata capacidad creativa que no tienen los elementos del mundo de la botánica, de la biología o de la física. Ése sería el límite de la razón para mí.

— Quisiera tocar el sistema objetivista desarrollado por Ayn Rand. A mi juicio, es un sistema distinto al de esta vertiente iusnaturalista y de la vertiente utilitaria. ¿Es Ayn Rand liberal?

— No tengo muchas simpatías por Ayn Rand. En verdad, más que por el contenido de su filosofía, que causó y causa mucho impacto en Estados Unidos —sobre todo para personas que estaban, digamos, sedientas de un contenido ético— es por la praxis con la que desarrolló sus ideas, a la manera de una secta leninista, por la que le guardo poco aprecio. De hecho, hace poco he visto un serial de televisión, la *Historia de Ayn Rand*: es una cosa terrible, en su grupo llevaba una especie como de control psíquico y personal sobre todos sus miembros, a tal punto que Nathaniel Branden le pedía permiso a su mujer para ser amante de Ayn Rand. Hay otra anécdota divertida y muy significativa, en la que Ayn Rand hace una especie de purga en la secta y expulsa del grupo a Murray Rothbard, debido a que Rothbard en uno de sus artículos había «copiado» una idea de Rand sin citarla, y él decía: ¿cómo voy a citar en una revista científica una novela? A mí eso me produce muy poca simpatía, porque va en contra de la apertura que los liberales profesamos, y porque creo que hay toda una tradición del pensamiento que viene desde los griegos, toda la tradición aristotélica–tomista y de la Escuela de Salamanca—, que ya han construido todo un edificio filosófico que perfectamente cabe ser utilizado por este esquema de los tres niveles que he planteado. De allí que esta doctrina filosófica o pseudo–filosófica me parezca una excrecencia innecesaria. Quizás sea una calificación muy dura. Ahora, Ayn Rand también tiene su lado positivo, en la medida en que su ideario es filosófico y ético. Ella también habla de tres niveles: ayer mismo lo estaba com-

probando en un libro de Estiagarra que se acaba de publicar. No es exactamente lo mismo: ella más bien habla de un nivel económico, de un nivel cultural y de un nivel político.

— Usted me comentó que había participado en la última reunión de la Mont Pélerin, que tuvo lugar en Chile en noviembre de 2000, con un trabajo en el que se confesaba anarco-capitalista. ¿Podría hablarnos al respecto?

— Ocurrió en la última sesión, en la que participaban además de mí James Buchanan y Bruno Frey, y que trataba sobre democracia directa versus democracia indirecta. Frey defendía el sistema de referendos que hay en Suiza, y Buchanan lo criticaba diciendo que había que tener mucho cuidado porque vía referendos pueden salir adelante muchos dictadores, como por ejemplo, Hugo Chávez, que está sacando adelante todas sus reformas presidencialistas vía referendos. Entonces, en mi intervención dije que me producía simpatía la democracia directa, pero que el objetivo de un liberal no es la democracia. El objetivo de un liberal es la libertad. Por lo tanto, lo que hay que buscar es disminuir al máximo el poder del Estado y ampliar al máximo el ámbito de la sociedad civil. Esto supone buscar los procedimientos más eficaces para lograr dicho objetivo y uno de ellos puede ser la democracia directa, pero ésta tiene dos condicionamientos en relación con ese propósito: sólo se da en países pequeños, como Suiza, y se debe garantizar el principio de secesión: la minoría que ha perdido la votación del referéndum debe tener el derecho de separarse, si no está de acuerdo, y establecer otro país más pequeño o adherirse a otro estado. Así se cumpliría el ideal de la democracia directa, que sería la deconstrucción del Estado en pequeñas unidades. Alemania empezó a hacer daño cuando se unió, y el fruto de esa unión fueron dos Guerras Mundiales. Antes de unirse, los alemanes conformaban alrededor de doscientos estados y otras tantas ciudades libres, en las que no había pasaportes, había libertad de circulación de personas, capitales y bienes porque eran Estados pequeños. Göethe era ministro de defensa de uno de esos Estados, y sólo tenía 600 soldados. Con 600 soldados se hace poco daño, pero con 600.000 se hace mucho. Luego, una Unión Europea con centenares de Estados, ciudades libres, tipo Singapur, Mónaco, etcétera, con libertad de circulación de personas, capitales y bienes entre ellas, y unidas por una moneda privada de patrón oro sería un centro de liberalismo tremendo y, además, lograría una riqueza económica y un desarrollo nunca visto en la historia de la civilización.

Entonces, ese ideal de la democracia directa sería el mercado. ¡Es la democracia más directa que cabe concebir! Cada uno compra con su dinero lo que estima conveniente. De hecho hay una analogía tradicional entre el mercado y la democracia. Dos economistas hablaron del concepto: Frank Albert Fetter, que se refirió a la soberanía del consumidor y al sistema de elecciones democráticas ya en 1913, y William Hutt, unos años más tarde. Lo que sucede es que invierten el sentido de la metáfora. Dicen que el mercado funciona como una democracia, cuando es al revés: la democracia es una mala copia del mercado. La democracia más perfecta sería aquella en la que el ciudadano tuviera, en el ámbito político, el mismo poder que tiene en el mercado. Esto ocurriría cuando desapareciera el ámbito de lo político, y todo, incluyendo la defensa, la seguridad, etcétera, fuera privado, a través de un mercado. Entonces estaríamos ya en el mercado más amplio. Se culminaría la deconstrucción del Estado: desaparece el ámbito de lo político y las funciones esenciales que ahora proporciona con carácter monopolista el Estado las proporcionaría un conjunto de agencias en competencia. Esto es lo que Frey llama las *jurisdicciones funcionales de carácter competitivo*; en las que unos podrían comprar servicios de seguridad a una multinacional y otros a otra multinacional, y convivir en el mismo territorio geográfico. Por tanto, vía la descentralización del Estado en pequeños Estados, y esas agencias de tipo privado, podríamos llegar al ideal no de destruir, porque es una idea muy negativa, sino de deconstruir, desmantelar o desmontar el Estado en piezas pequeñas y dar entrada a una verdadera sociedad libre, que es el ideal que se cumplirá a partir de este nuevo milenio.

— Cuáles serían para usted las principales diferencias entre la Escuela Austriaca y la Escuela de Chicago... muchos comentaristas coinciden en señalar que son equivalentes...

— Esa equivalencia es, a mi juicio, el principal problema teórico del liberalismo en la actualidad: se identifica a los teóricos austriacos con los de Chicago. Aunque coincidan en muchas conclusiones liberales, en realidad se encuentran en el extremo opuesto, unos de otros. Veamos por qué. La escuela austriaca es de origen español: se forja en los teóricos de la Escuela de Salamanca, que es la que se plantea por vez primera cuál es el origen del valor de las cosas, y de este modo postula la teoría subjetiva del valor. Así, Diego de Covarrubias y Leiva, Obispo de Segovia en el siglo XVI, dice que el valor de las cosas surge de la estima-

ción subjetiva de los hombres, aunque esta estimación sea alocada. Entonces, el centro de análisis de los teóricos de la Escuela de Salamanca es el ser humano, lo que da sustento inicial al individualismo metodológico. También aportan su teoría de la competencia dinámica, en lo económico; y en lo político, su teoría de la justificación del tiranicidio: es lícito matar al tirano que viola los principios del derecho natural. También postulan la inmoralidad de la conquista de América y de la esclavización de los indios, porque la Corona no tenía título para atacar a nadie en América. Todas sus aportaciones son, como vemos, muy importantes.

Sin embargo, toda esta concepción subjetivista se ve bloqueada por la negativa influencia de Adam Smith, que hace tabula rasa de siglos de pensamiento e introduce la teoría objetiva del valor, que él dice está determinado por el coste de producción (trabajo). Adam Smith es nefasto porque pone los fundamentos del marxismo: si el valor está determinado por el trabajo incorporado ¿porqué no se va a pagar todo el importe del producto de la venta al trabajador? Además, Smith introduce en la economía el paradigma del equilibrio, en el que se basa toda la economía neoclásica: el precio y el coste sólo coinciden en el equilibrio.

Luego, ya en el siglo XIX, Carl Menger retoma la tradición escolástica —esto no es una simple coincidencia, porque Austria era la otra parte del Imperio Español y había una gran influencia intelectual del siglo de oro español en Austria— que es la tradición subjetivista de la economía, que no estudia el equilibrio, sino el proceso dinámico que lleva hacia el equilibrio pero que nunca lo alcanza, y cuyo protagonista es el empresario.

Entonces, las grandes diferencias que existen entre la teoría de la Escuela Austriaca de Economía y la teoría de la de Escuela de Chicago son las siguientes: los teóricos de la Escuela Austriaca se basan en una concepción dinámica del mercado, como es el mercado real, mientras que los teóricos de Chicago sólo estudian el equilibrio. Para los teóricos de la Escuela Austriaca el protagonista del proceso económico es el empresario, entendido como el ser humano dotado de la innata capacidad creativa. Es el que descubre nuevas cosas, nuevas ideas: Cristóbal Colón descubriendo América; Miguel de Cervantes, cuando se le ocurre la idea de escribir *El Quijote*; o, un empresario mercantil cuando concibe un nuevo vehículo, y lo lanza al mercado. Mientras que el protagonista de la Escuela de Chicago es el *homo economicus*, un ser robotizado, que reacciona a los acontecimientos externos, maximizando matemáticamente una relación de objetivos dados, sometida a restricciones conocidas.

Además, la Escuela Austriaca es multidisciplinaria, pues sus representantes no sólo son teóricos de la economía, también son juristas, filósofos, etcétera; mientras que los teóricos de la Escuela de Chicago son estrictamente ingenieros sociales. Los liberales más puros provienen de la Escuela Austriaca, porque juntan todos los niveles: los jurídicos, los económicos, los éticos; no olvidan nunca esa concepción dinámica del mercado y la sociedad. Por el contrario, la Escuela de Chicago es de ingenieros sociales, que siempre están encontrando fórmulas de maximización del comportamiento, como por ejemplo el bono escolar o el impuesto negativo sobre la renta, entre otras. Ellos creen que sus fórmulas mejoran el funcionamiento del mercado, pero lo que hacen en realidad es brindar, sin querer, armas a los intervencionistas y a los socialistas....

— *Son, por decir de algún modo, la quinta columna...*

— La escuela de Chicago es la quinta columna del liberalismo. Eso lo verá en mi libro sobre la Escuela Austriaca de economía publicado recientemente por Editorial Síntesis, donde he desarrollado un análisis detallado del papel muy perjudicial que la Escuela de Chicago ha tenido en el movimiento liberal. De hecho, Hayek —ésta es una de las cosas más importantes en su autobiografía, cuando le preguntan qué opina de la Escuela de Chicago— dice que, sin duda alguna, el libro que más daño ha hecho a la humanidad a través de la ciencia económica después de la *Teoría General* de Keynes es *Ensayos sobre Economía Positiva* de Milton Friedman. Hayek señala que es un ensayo positivista atroz y utilitarista, donde Friedman dice que los supuestos no importan, que cualquier teoría está legitimada si sirve para predecir, etcétera. Y Hayek concluye indicando que ese libro es la extrapolación del positivismo cientificista más extremo al ámbito de la economía. Agreguemos que la base de todo ello es el Círculo positivista de Viena, que a principios del siglo XX aplicaba un método único a todas las ciencias, incluyendo las ciencias sociales: el método copiado del mundo de la física. Esto estaba en contra de la posición tradicional austriaca, elaborada a través del *Methodenstreit* de Carl Menger. En cuanto a la concepción del modelo de equilibrio su origen está en Adam Smith, y en su concepción de que el valor está determinado por los costes.

— *Entonces, comparte usted la opinión del profesor Murray Rothbard, de que Adam Smith no significa un adelanto sino más bien un retroceso....*

— Adam Smith es una importantísima regresión en la economía. En muchas reuniones de liberales, como las de la Mont Pélerin, abundan liberales ingenuos con corbatas de Adam Smith, y a mí me darían ganas, por decirlo de una manera gráfica, ¡de ahorcarles con su propia corbata! (risas)

— Para finalizar, quisiera que nos comentase algo sobre la Sociedad para el Estudio de la Acción Humana....

— Es una sociedad civil creada por las personas que tienen la inquietud de impulsar las ideas liberales en España, y que aportan su acervo material, de conocimientos y relaciones en aras a ese objetivo. Es una organización muy horizontal, muy anarquista, en la que se actúa en paralelo, y lo que está haciendo es coordinar las actividades que se hacen en el ámbito de la Universidad, en el ámbito editorial, en el ámbito de la divulgación periodística y en el ámbito de las relaciones internacionales, con la Sociedad Mont Pèlerin y los diferentes institutos que hay en todo el mundo impulsando estas ideas. Creo que se han hecho cosas muy importantes. De otro lado, en las universidades se ha avanzado mucho, pues en la Universidad Complutense, donde di clases durante quince años, o ahora en la Universidad Rey Juan Carlos, donde soy catedrático, nadie se sorprende o escandaliza con las cosas que digo. Eso tiene mucho impacto, pues si tuviéramos una máquina del tiempo y pudiéramos irnos a la España de hace simplemente veinte años, el nivel de aceptación de la economía de mercado por parte de la opinión pública era infinitamente menor que ahora. ¿Significa eso que debemos dormirnos en los laureles? No, porque la libertad habrá que defenderla generación tras generación: no olvidemos nunca que siempre está presente la fatal arrogancia del ser humano que consiste en creerse capaz de diseñar su propio destino y el de sus semejantes. Por eso el socialismo resurgirá siempre, con una ú otra máscara. Por tanto, la única manera de defender la libertad es estar siempre alerta, utilizar nuestra inteligencia para desarrollar la teoría liberal, mirar con respeto la tradición y valorar y cumplir los principios éticos, que son, como ya dijimos, el piloto automático de la libertad.

Siempre que ha triunfado el intervencionismo o el socialismo ha sido por una conjunción de tres factores, cada uno de los cuales se refiere a uno de los tres niveles que ya he mencionado. Por ejemplo, porque un grupo concreto se dio cuenta que salía ganando obteniendo ventajas o privilegios del Estado. Ése sería el nivel histórico o evolutivo. Segundo,

porque unos teóricos, bien de manera interesada o no, han cometido un error de análisis diciendo que era buena la intervención estatal. Muchas veces, aunque se presenten de manera independiente, en realidad lo hacen interesadamente, pues son teóricos que están adscritos o que buscan adscribirse al poder. En esas circunstancias la única tabla de salvación que le quedaba a la sociedad era cumplir dogmáticamente un principio ético: ¡está mal robar aumentando los impuestos! Pero cuando se ha violado ese principio ético, ya se ha perdido todo: se han abierto las puertas a los grupos privilegiados de interés, a los errores científicos y ha entrado el bacilo del socialismo, de la ingeniería social o del estrecho utilitarismo con las nefastas consecuencias que ya conocemos. Por eso la salvación liberal vendrá también por la vía de la adecuada comprensión y aplicación de los tres niveles....

— *Ése es el desafío....*

— Sí. El desafío consiste en mantener de manera dogmática los principios éticos, no cejar en el desarrollo de la teoría de la libertad —que es el segundo nivel, el científico— y depurar los principios evolutivos que están ahí, los que sabemos que hay que cumplir, las instituciones que hay que mantener, que son las que hacen posible la vida en sociedad de manera pacífica y fructífera.